

## CAPÍTULO I

Lo primero que buscó Deberga al entrar en el andén de la Estación del Norte fue un buen compartimento vacío. Ya desesperaba de encontrarlo y a punto estaba de zambullirse, enojado, en uno de los que menos gente tenía, cuando su criado le indicó que el conductor acababa de retirar el letrero de reservado para señoras en otro compartimento, y corrió a meterse dentro. Estábamos a mediados de julio, en plena estampida veraniega de los barceloneses. El tren iba repleto de pasajeros, y encontrar un compartimento vacío donde poder sentarse era como si te tocara la lotería. De manera que Deberga corrió a aprovechar su buena suerte. Eligió el rincón del fondo a la izquierda, que era el lado más fresco. Satisfecho con el hallazgo, dejó sobre el estante superior la maleta de mano que llevaba, se quitó la gabardina, encendió un cigarrillo, se estiró sobre el asiento de utrech verde y abrió el diario con la intención de amodorrarse a placer. Pero de repente... ¡zas! Abren la portezuela y... Oh, ¡qué poco dura la felicidad!... en primer lugar, un criado cargado con equipaje de mano, rollos de abrigos y paraguas; después, una camarerita graciosa, con una montaña de cajas redondas y otras sin forma, que no la dejaban pasar por la puerta; después, un niño de unos diez años, rechoncho y pálido, con una melena que se lo estaba comiendo y un gran sombrero en la cabeza; después, una señorita en edad de merecer, con un aire algo inglés; después, otra más alta y con más vida a cuestas, aparentemente casada, con aspecto arrogante y altivo; después... ¡Ah, gracias a Dios!... se cerró la puerta, y las señoras y el niño, que no habían dirigido ni una mirada a Deberga, se asomaron a la ventana y se pusieron a charlar con un grupo de caballeros y criados que estaban plantados en el andén. Mientras tanto, dentro, el criado y la camarera se las veían para poder encajar en los estantes el enorme montón de equipaje que habían traído.